

GANADOR – CATEGORÍA CUENTO

Autor: Sahada Surlesos

CARTA DE AMOR (QUE NO QUIERE SER ESCRITA) PARA ALGUIEN QUE NO EXISTE

Recuerdo en los poros de la piel el sol frío de la ciudad dorada, y que me gusta la miel cristalina que se escurre, como se escurren tus lágrimas saladas sobre mis mejillas y a veces sobre mi lengua.

La gente reza, y reza y reza y se queda sin tiempo de escuchar, se queda sin tiempo de sentir; se queda sin tiempo sin sentir sin otra gente que bendecir.

Llevaré siempre en los huesos las derrotas y las tardes de insolación, el calor que entra por mi boca, hacia mi garganta y directo al estómago... y se siente familiar, pero sería enfermizo mencionarlo. Como el viejo al que llamáis *tiempo*, ese que se cuelga candelabros en las orejas, baila de cabeza en las cornisas como pasatiempo ordinario y guarda aves muertas dentro del cajón de una cómoda de vidrio soplado sobre la cual se columpia una triste, una ninfa...

Y está en una jaula, pero no se la puso *tiempo*, ella se la inventó.

Entonces las derrotas y las tardes de insolación, las noches borrosas en las que corría por el dédalo sin dirección, tropezando con maniqués de medio tiempo que lavan la ropa ajena en cajones de madera y con agua de pantano, con *pijamas* que repiten las palabras que pronuncio, casi al unísono y como un mantra, mientras restriegan lentamente sus rostros contra el concreto. Los observo y siento que lloro por dentro, que lloro adentro, y escurre de mí una lágrima espesa y roja, que termina hundiéndose en el suelo... y saboreo con los labios hinchados una sangre que hierve, pura; y pienso “qué vulgar es mi naturaleza”.

Por eso me invento que te invento, que no existís, que seguís atrapado en los sueños que tenía de pequeña, que tenéis mil versiones distintas de una misma y que estás tan pirado que ya no puedes no estar bien, y que te preocupa dices, y sonrías cada vez más.

Y no me explico cómo no me estalla el mundo en las manos cuando te toco, y cómo aún gira la tierra cuando tus manos conectan con mi nuca.

Y es tan suave la noche que cae sobre mi pecho, cuando me desnudo ante el espejo del cuarto con el sillón rojo y las ventanas que dan directo al techo del vecino, que saluda, y desea, pero no es un maldito y respeta, entonces pienso que *no hay mucho lío en si me ve los pechos*, o cuando me voy inclina delicadamente la cabeza para ver bien el movimiento de mi vestido contra mis piernas morenas, ese cuarto en el que nunca me dejasteis sola, ese cuarto del espejo enorme sobre ese mueble tosco y sin uso, sobre el cual quite una vida y fingí dos.